

Domingo XV del Tiempo Ordinario (ciclo C)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AMBROSIO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Ángelus 2013 y Homilía del 7 de octubre de 2013**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y 2010**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
 - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Lluçia POU i Sabater (Vic, Barcelona, España)** (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

EL MANDAMIENTO ESTÁ A TU ALCANCE

Dt 30,10-14; Col 1,15-20; Lc 10,25-37

La conexión entre el Deuteronomio y el Evangelio de San Lucas es patente. La relación con Dios puede vivirse de forma gozosa y plena si se aceptan sus mandamientos como lo que realmente son: un referente y una orientación para aterrizar los valores de la alianza. Las normas religiosas contenidas en el Decálogo y en otros códigos presentes en el Pentateuco no son normas impuestas arbitrariamente por el capricho de un legislador envidioso de la libertad humana. Al contrario, Dios ama la vida libre y plena de todos sus hijos y justamente, para impedir que los fuertes (propietarios, gobernantes, militares) pasen por encima de los débiles (viudas, forasteros, huérfanos) se requiere implementar un orden social basado en la fraternidad y la justicia. Tal como escuchamos en el Evangelio, el Señor Jesús reivindica la validez de ese orden y lo propone como camino que conduce a la vida eterna: aproximarse al necesitado.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Sal 16, 15

Por ser te fiel, yo contemplaré tu rostro, Señor, y al despertar, espero saciarme de gloria.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que muestras la luz de tu verdad a los que andan extraviados para que puedan volver al buen camino, concede a cuantos se profesan como cristianos rechazar lo que sea contrario al nombre que llevan y cumplir lo que ese nombre significa. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Los mandamientos están muy a tu alcance para que puedas cumplirlos.

Del libro del Deuteronomio: 30, 10-14

En aquellos días, habló Moisés al pueblo y le dijo: “Escucha la voz del Señor, tu Dios, que te manda guardar sus mandamientos y disposiciones escritos en el libro de esta ley. Y conviértete al Señor tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma.

Estos mandamientos que te doy, no son superiores a tus fuerzas ni están fuera de tu alcance. No están en el cielo, de modo que pudieras decir: ‘¿Quién subirá por nosotros al cielo para que nos los traiga, los escuchemos y podamos cumplirlos?’ Ni tampoco están al otro lado del mar, de modo que pudieras objetar: ‘¿Quién cruzará el mar por nosotros para que nos los traiga, los escuchemos y podamos cumplirlos?’ Por el contrario, todos mis mandamientos están muy a tu alcance, en tu boca y en tu corazón, para que puedas cumplirlos”.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 68, 14.17. 30-31. 33-34. 36ab.37

R/. Escúchame, Señor, porque eres bueno.

A ti, Señor, elevo mi plegaria, ven en mi ayuda pronto; escúchame conforme a tu clemencia, Dios fiel en el socorro. Escúchame, Señor, pues eres bueno y en tu ternura vuelve a mí tus ojos. **R/.**

Mírame enfermo y afligido; defiéndeme y ayúdame, Dios mío. En mi cantar exaltaré tu nombre, proclamaré tu gloria, agradecido. **R/.**

Se alegrarán al verlo los que sufren; quienes buscan a Dios tendrán más ánimo, porque el Señor jamás desoye al pobre ni olvida al que se encuentra encadenado. **R/.**

Ciertamente el Señor salvará a Sión, reconstruirá a Judá; la heredarán los hijos de sus siervos, quienes aman a Dios la habitarán. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Todo fue creado por medio de él y para él.

De la carta del apóstol san Pablo a los colosenses: 1, 15-20

Cristo es la imagen de Dios invisible, el primogénito de toda la creación, porque en él tienen su fundamento todas las cosas creadas, del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, sin excluir a los tronos y dominaciones, a los principados y potestades. Todo fue creado por medio de él y para él.

Él existe antes que todas las cosas, y todas tienen su consistencia en él. Él es también la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que sea el primero en todo.

Porque Dios quiso que en Cristo habitara toda plenitud y por él quiso reconciliar consigo todas las cosas, del cielo y de la tierra, y darles la paz por medio de su sangre, derramada en la cruz.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Jn 6, 63. 68

R/. Aleluya, aleluya.

Tus palabras, Señor, son espíritu y vida. Tú tienes palabras de vida eterna. R/.

EVANGELIO

¿Quién es mi prójimo?

Del santo Evangelio según san Lucas: 10, 25-37

En aquel tiempo, se presentó ante Jesús un doctor de la ley para ponerlo a prueba y le preguntó: “Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?” Jesús le dijo: “¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?” El doctor de la ley contestó: “Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu ser, ya tu prójimo como a ti mismo”. Jesús le dijo: “Has contestado bien; si haces eso, vivirás”.

El doctor de la ley, para justificarse, le preguntó a Jesús: “¿Y quién es mi prójimo?” Jesús le dijo: “Un hombre que bajaba por el camino de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos ladrones, los cuales lo robaron, lo hirieron y lo dejaron medio muerto. Sucedió que por el mismo camino bajaba un sacerdote, el cual lo vio y pasó de largo. De igual modo, un levita que pasó por ahí, lo vio y siguió adelante. Pero un samaritano que iba de viaje, al verlo, se compadeció de él, se le acercó, ungió sus heridas con aceite y vino y se las vendó; luego lo puso sobre su cabalgadura, lo llevó a un mesón y cuidó de él. Al día siguiente sacó dos denarios, se los dio al dueño del mesón y le dijo: ‘Cuida de él y lo que gastes de más, te lo pagaré a mi regreso’.

¿Cuál de estos tres te parece que se portó como prójimo del hombre que fue asaltado por los ladrones?” El doctor de la ley le respondió: “El que tuvo compasión de él”. Entonces Jesús le dijo: “Anda y haz tú lo mismo”.

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.

Se dice Credo

PLEGARIA UNIVERSAL

*Que nuestras oraciones lleguen, hermanos, a la presencia del Señor y que nuestros ruegos sean escuchados por aquel que escruta el corazón de todos. Digamos confiadamente: **Escúchanos, Señor.***

Pidamos la sabiduría del Hijo de Dios para los que proclaman con fidelidad la palabra divina y para todos los ministros que sirven a la Iglesia. Roguemos al Señor.

Por Israel, el pueblo de la antigua alianza, por los cristianos separados de la Iglesia católica y apostólica y por los que no conocen al Dios verdadero, invoquemos al Señor, dueño de toda verdad.

Por los que viven lejos de su casa, por los encarcelados, por los débiles y oprimidos, y por los justos que sufren persecución, oremos a Jesús el Salvador.

Invoquemos con fe y devoción al Señor de la gloria por la paz y felicidad de los que ahora estamos aquí, huéspedes en la casa del Señor. Roguemos al Señor.

Dios misericordioso y omnipotente, que has querido resumir todos los preceptos de tu ley en el mandamiento del amor, escucha nuestras oraciones y danos un corazón solícito y generoso hacia los sufrimientos de nuestros hermanos, a imagen de tu Hijo, el buen samaritano del mundo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira, Señor, los dones de tu Iglesia suplicante, y concede que, al recibirlos, sirvan a tus fieles para crecer en santidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio para los domingos del Tiempo ordinario.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 6, 56

El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él, dice el Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con los dones que hemos recibido, te suplicamos, Señor, que, participando frecuentemente de este sacramento, crezcan los efectos de nuestra salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- La sociedad actual parece no aceptar más referentes a la hora de tomar decisiones que la conveniencia y la utilidad personal. La búsqueda del bienestar general, la lealtad a los valores universales y a las creencias religiosas no entusiasma a mucha gente. La globalización de la liviandad ética y la ligereza moral es patente no solo en los políticos que cambian cínicamente de un partido a otro, sino en la subjetividad y el descaro con que se asumen actitudes egoístas y convenencieras aunque vayan en detrimento de la Casa común, de la sociedad y de los más débiles. Los mandamientos evangélicos resumidos en el amor a Dios y al prójimo siguen ahí, como un desafío que por lo menos para los cristianos, tendría que ser una “piedra en el zapato” que nos anime a vivir en congruencia con nuestra fe.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Es asequible cumplir la ley de Dios (Dt 30,10-14)

1ª lectura

El texto habla de la situación privilegiada de Israel por tener la Ley. El autor sagrado lo expresa de manera bellísima y admirable, a través de dos hermosas metáforas, compuestas con un cierto ritmo poético. También en la Epístola a los Romanos (10,6-8), San Pablo utiliza este pasaje aplicándolo no ya al conocimiento de la Ley, sino al conocimiento de «la palabra de la fe» que predicán los Apóstoles: ésta es ahora —como antes la Ley— la que pone de manifiesto los preceptos y los mandamientos de Dios, y —también como la Ley— debe estar constantemente en la boca y el corazón. Teodoreto de Ciro —comentando el texto griego de los LXX, que añade en el v. 14 «y en tus manos»— dice: «Se significa por la boca la meditación de las palabras divinas; por el corazón, a su vez, la prontitud del ánimo; por las manos la ejecución de los mandamientos» (*Quaestiones in Octateuchum* 38).

El pueblo cristiano, que posee la Nueva Ley y la Nueva Alianza, está en circunstancias aún mejores que el antiguo pueblo, puesto que ha recibido además la gracia de Cristo. Por esto, el Concilio de Trento enseña que «Dios no manda cosas imposibles, sino que al mandar avisa que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas, y ayuda para que puedas» (*De iustificatione* 11). En la Antigua Ley, aunque no se disponía de la gracia ganada por Cristo, la Providencia divina ayudaba a los israelitas a cumplir sus exigencias en previsión de esa gracia.

La primacía de Cristo (Col 1,15-20)

2ª lectura

Frente a las propuestas equivocadas de salvación que ofrecían algunas doctrinas se exalta el misterio de Cristo y su misión redentora. Estos versículos constituyen un bellissimo himno al señorío de Jesucristo sobre toda la creación. En la primera estrofa (vv. 15-17) se afirma que el dominio de Cristo abarca al cosmos en todo su conjunto, como consecuencia de su acción creadora. El texto evoca el prólogo de Jn y el comienzo del Gn. En la segunda estrofa (vv. 18-20) se presenta la nueva creación mediante la gracia, obtenida por Cristo con su muerte en la cruz. Él es Mediador y Cabeza de la Iglesia. Cristo ha restablecido la paz y ha reconciliado todas las cosas con Dios.

Al decir que el Hijo es «imagen del Dios invisible» (v. 15) se expresa la misma noción que la doctrina cristiana posterior explicará como identidad de naturaleza divina entre el Padre y el Hijo, y se alude también a que el Hijo procede del Padre. En efecto, solamente la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Hijo, es imagen perfectísima del Padre. «Se le llama “imagen” porque es consustancial y porque, en cuanto tal, procede del Padre, sin que el Padre proceda de Él» (S. Gregorio Nacianceno, *De theologia* 30,20). Y Santo Tomás explica: «La imagen de un ser puede hallarse en otro de dos maneras: de una parte, cuando se halla en un ser de la misma naturaleza específica, y así es como se halla la imagen de un rey en su hijo; y de otra, en un ser de naturaleza distinta, como la imagen del rey en una moneda. Pues bien, según el primer modo, el Hijo es imagen del Padre, mientras que el hombre se llama imagen de Dios conforme al segundo. De aquí que, para expresar la imperfección de la imagen en el hombre, no se dice que es imagen, sino que es a imagen, para designar un cierto movimiento que tiende a la perfección. En cambio, del Hijo no puede decirse que sea a imagen, porque es imagen perfecta del Padre» (*Summa theologiae* 1,35,2 ad 3).

Al llamarle «primogénito» (v. 15) muestra que tiene la supremacía y la capitalidad sobre todos los seres creados. «Fue llamado “primogénito” no por su proveniencia del Padre, sino porque en Él fue hecha la creación... Si el Verbo fuera una de las criaturas, habría dicho la Escritura que Él es primogénito de todas las criaturas. Ahora bien, diciendo los santos que Él es “primogénito de toda creación” directamente se muestra que es otro distinto a toda la creación y que el Hijo de Dios no es una criatura» (S. Atanasio, *Contra Arianos* 2,63). Es primogénito, porque no sólo es anterior a todas las criaturas, sino que todas fueron creadas «en él», «por él» y «para él»: «en él», en Cristo, como en su principio y su centro, como su modelo o causa ejemplar; «por él», porque Dios Padre, por medio de Dios Hijo, crea todos los seres (cfr Jn 1,3); y «para él», porque Cristo es el fin último de todo (cfr Ef 1,10). Además, se añade que «todas subsisten en él», esto es, porque Cristo las conserva en el ser.

El v. 18 emplea la imagen de Cristo, cabeza, y la Iglesia, cuerpo, de la que se habla en 2,19 y Ef 1,23 y 4,15). «Ya sabemos los cristianos que se llevó a cabo la resurrección en nuestra Cabeza y que se llevará en los miembros. La cabeza de la Iglesia es Cristo, y los miembros de Cristo, la Iglesia. Lo que aconteció en la cabeza se cumplirá más tarde en el cuerpo. Ésta es nuestra esperanza» (S. Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 65,1).

Como Cristo tiene la primacía sobre todas las realidades creadas, el Padre quiso, por medio de Él, reconciliarlas todas consigo (v. 20). El pecado había separado a los hombres de Dios, y esto trajo como consecuencia la ruptura del orden perfecto que había entre las criaturas desde el comienzo. Derramando su sangre en la cruz, Cristo restauró la paz. Nada en el universo queda excluido de este influjo pacificador. «La historia de la salvación —tanto la de la humanidad entera como la de cada hombre de cualquier época— es la historia admirable de la reconciliación: aquélla por la que Dios, que es Padre, reconcilia al mundo consigo en la Sangre y en la Cruz de su Hijo hecho hombre, engendrando de este modo una nueva familia de reconciliados. La reconciliación se hace necesaria porque ha habido una ruptura —la del pecado— de la cual se han derivado todas las otras formas de rupturas en lo más íntimo del hombre y en su entorno. Por tanto la reconciliación,

para que sea plena, exige necesariamente la liberación del pecado, que ha de ser rechazado en sus raíces más profundas. Por lo cual una estrecha conexión interna viene a unir *conversión* y *reconciliación*; es imposible disociar las dos realidades o hablar de una silenciando la otra» (Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia*, n. 13).

El buen samaritano (Lc 10,25-37)

Evangelio

Jesús alaba y acepta el resumen de la Ley que hace el escriba judío. Su respuesta (v. 27) es una composición de dos textos del Pentateuco (Dt 6,5 y Lv 19,18). Sin embargo, Cristo, con la parábola del buen samaritano, agranda los horizontes de ese amor que se había empequeñecido en un ambiente legalista: el prójimo no es sólo aquél con el que tenemos alguna afinidad —sea de parentesco, de raza, de religión etc.— sino todo aquel que necesita nuestra ayuda, sin distinción de raza, religión, etc.; el horizonte se alarga hasta abarcar a todo ser humano, hijo, como cada uno de nosotros, del mismo Padre Dios.

Con la mención del sacerdote y el levita es posible que el Señor quisiera precisar el alcance de las normas legales (vv. 31-32). En efecto, según la Ley de Moisés (cfr Lv 21,1-4.11-12; Nm 19,11-22), el contacto con un cadáver hacía contraer la impureza legal. Con la parábola, Jesús muestra —y el escriba así lo reconoce— que el cumplimiento de las normas legales nunca puede ahogar la misericordia.

El lector puede apreciar también que Jesús es la encarnación de la misericordia divina ya que vive los mismos gestos misericordiosos del Padre (cfr 15,1-32). Por eso, no es extraño que desde los primeros siglos la parábola se haya interpretado alegóricamente. San Agustín, que la comenta en muchos lugares, siguiendo a otros Santos Padres, identifica al Señor con el buen samaritano, y al hombre asaltado por ladrones con Adán, origen y figura de la humanidad caída: «De ahí también que el mismo Señor y Dios nuestro quiso llamarse nuestro prójimo, pues Jesucristo nuestro Señor se simbolizó en el que socorrió al hombre tendido en el camino, tendido, semivivo y abandonado por los ladrones» (*De doctrina christiana* 1,33). Por su parte, el hombre abandonado es sanado de sus heridas en la Iglesia: «Tú, alma mía, ¿dónde te encuentras, dónde yaces, dónde estás mientras eres curada de tus dolencias por aquel que se hizo propiciación por tus iniquidades? Reconoce que te encuentras en aquel mesón adonde el piadoso samaritano condujo al que encontró semivivo, llagado por las muchas heridas que le causaron los bandoleros» (*De Trinitate* 15,27,50).

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

El buen samaritano

Un hombre baja de Jerusalén a Jericó. Con objeto de explicar más claramente el pasaje que nos hemos propuesto, repasemos la historia antigua de la ciudad de Jericó. Recordemos, pues, que Jericó, como leemos en el libro que escribió Josué, hijo de Nave, era una gran ciudad amurallada, inexpugnable a las armas e inatacable; en ella vivía la prostituta Rahab, que fue la que hospedó a los exploradores que envió Josué, les ayudó con sus consejos, respondió, cuando la preguntaron sus conciudadanos, que ya se habían ido, los escondió en su casa y, para sustraerse ella y los suyos a la destrucción de la ciudad, ató el cordón de hilo de púrpura a la ventana; pero los inexpugnables muros de esa ciudad rodaron por el suelo al sonido de las siete trompetas de los sacerdotes a los que acompañaba el estruendo jubiloso del pueblo.

Mirad cómo cada uno tiene su propio quehacer: el explorador, la vigilancia; la meretriz, el

secreto; el vencedor, la fidelidad; el sacerdote, la religión; los primeros desprecian el riesgo con tal de ganar honras; aquélla ni aun en medio de peligros traiciona a quienes ha recibido; el vencedor, más preocupado en conservar la fidelidad que en vencer, manda anteponer la salud de la prostituta a la ruina de la ciudad; y, por fin, el arma propia del sacerdote, que no es otra que la fuerza de la religión. ¿Quién no se admirará, y con razón, al ver que de toda la ciudad sólo se salvará el que fue ayudado por la meretriz?

He aquí, pues, la escueta verdad histórica, que, considerada más profundamente, nos revela admirables misterios. En efecto, Jericó es figura de este mundo, a la cual descendió Adán arrojado del paraíso, es decir, de aquella Jerusalén celeste, por su prevaricadora caída, pasando de la vida a la muerte; destierro este de su naturaleza que le ocasionó un cambio, no ciertamente de lugar, pero sí de costumbres. Y así quedó un Adán bien distinto de aquel primero que gozaba de una felicidad sin ocaso, pero que tan pronto como se lanzó a los pecados de este mundo, cayó en manos de los ladrones, a los que no habría venido a parar si no se hubiese apartado del mandato divino. ¿Quiénes son estos ladrones sino los ángeles de la noche y de las tinieblas, que se transforman a veces en ángeles de luz (2 Co 11, 14), aunque es un hecho que no puedan permanecer mucho tiempo en ese estado? Estos primero nos despojan del vestido de la gracia espiritual que recibimos, y así es como de ordinario logran sus primeros impactos; pero, si guardamos intactos los vestidos recibidos, no sentiremos los golpes de los ladrones. Ten, pues, cuidado para no ser despojado, como lo fue Adán, de la protección del precepto celestial y privado del vestido de la fe, ya que a eso se debió que él fuera herido mortalmente, herida mortal que se habría contagiado a todo el género humano si aquel Buen Samaritano, bajando del cielo, no hubiese curado esas peligrosas llagas.

Y no es un samaritano cualquiera este que no despreció a aquel que había sido preterido por el sacerdote y el levita. No desprecies a aquel que lleva el nombre de una secta cuya interpretación te va a llenar de admiración; en efecto, el vocablo “samaritano” significa guardián. Demos ahora una interpretación a todo esto. En verdad, ¿quién es un custodio verdadero, sino aquel de quien se ha escrito: El Señor guarda a los pequeños? (Sal 114, 6). Pues del mismo modo que hay un judío que es tal según la letra y otro que lo es por el espíritu, así también se da una manera de ser samaritano que se ve y otra que yace oculta. Mientras bajaba, pues, este samaritano —¿quién es este que bajó del cielo, sino el que sube al cielo, el Hijo de Dios que está en el cielo? (Jn 3, 13)—, habiendo visto a un hombre medio muerto, al que nadie había querido curar (el mismo caso que la que padecía de flujo de sangre y había gastado en médicos toda su hacienda), se llegó a él, es decir, compadecido de nuestra miseria, se hizo íntimo y prójimo nuestro para ejercitar su misericordia con nosotros.

Y vendó sus heridas untándolas con aceite y vino. Este médico tiene infinidad de remedios, mediante los cuales lleva a cabo, de ordinario, sus curaciones. Medicamento es su palabra; ésta, unas veces, venda las heridas; otras sirve de aceite, y otras actúa como vino; venda las heridas cuando expresa un mandato de una dificultad más que regular; suaviza perdonando los pecados, y actúa como el vino anunciando el juicio.

Y lo puso —continúa el texto— sobre su cabalgadura. Observa cómo realiza esto contigo: Él tomó sobre sí nuestros pecados y cargó con nuestros dolores (Is 53, 4). Otra confirmación es la del Buen Pastor, que puso sobre sus hombros a la oveja cansada (Lc 15, 5). En efecto, el hombre se ha convertido en un ser semejante a un jumento (Sal 48,13), pero Él nos ha colocado sobre su cabalgadura para que no fuésemos como el caballo y el mulo (Sal 31, 9) y ha tomado nuestro mismo cuerpo para suprimir las debilidades de nuestra carne.

Y, al fin, a nosotros, que éramos como jumentos, nos conduce a una posada. Una posada, como se sabe, no es más que un lugar donde suelen descansar los que se encuentran desfallecidos por

un largo camino. Y por eso, el Señor, que es el que levanta del polvo al pobre y alza del estiércol al desvalido (Sal 112, 7), nos ha llevado a un mesón.

Y se preocupa con cuidado de él para que ese enfermo pueda observar los mandatos que había recibido. Pero este samaritano no tenía tiempo de hacer una permanencia larga en la tierra; debía volver al lugar de donde había bajado.

Y al día siguiente —pero, ¿cuál es este otro día, sino el domingo de la resurrección del Señor, del que fue dicho: este es el día que hizo el Señor? (Sal 117, 24)— tomó dos denarios y se los dio al mesonero, diciéndole: Cuidale.

¿Qué significan estos dos denarios sino los dos testamentos que llevan impresa la efigie del eterno Rey y con los que nuestras heridas obtienen su curación? Porque hemos sido redimidos a precio de sangre (1 P 1, 19) para no ser víctimas de las heridas de la última muerte.

El mesonero recibió los dos denarios (no creo que sea absurdo entender esto con relación a los cuatro libros). Y ¿quién es este hostelero? Tal vez pueda ser aquel que dijo: Todas las cosas me parecen estiércol en comparación de ganar a Cristo (Flp 3, 8), y por este mismo Cristo tendría cuidado del hombre herido. El hostelero es, en realidad, aquel que dijo: Cristo me envió a evangelizar (1 Co 1, 17). Los hosteleros son esos hombres a los que se ha dicho: Id por el mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura, y el que creyere y se bautizare será salvo (Mc 15, 16), salvo verdaderamente de la muerte y salvo de las heridas que le pudieran infligir los ladrones.

¡Bienaventurado ese mesonero que puede curar las heridas del prójimo!, y ¡bienaventurado aquel a quien dice Jesús: Lo que gastes de más te lo daré a mi vuelta! El buen dispensador da siempre en demasía. Buen dispensador fue Pablo, cuyos sermones y epístolas son como algo que rebosa a lo que había recibido, cumpliendo el mandato explícito del Señor de trabajar sin descanso corporal ni espiritual, a fin de obtener, por medio de la predicación de su palabra, el preservar a muchos de la grave flaqueza del espíritu. He aquí el dueño del mesón en el que el asno conoció el pesebre de su amo (Is 1, 3) y en el cual hay un lugar seguro para los rebaños de ovejas, con el fin de que, a esos lobos rapaces que braman alrededor de los apriscos, no les resulte fácil llevar a cabo sus ataques a las ovejas.

Pero El, además, promete una recompensa. Y ¿cuándo vas a venir, Señor, a darla sino en el día del juicio? Porque, aunque Tú estés siempre y en todo lugar y vivas entre nosotros, si bien no te vemos, con todo, llegará un momento en el que todo hombre te verá volver. Paga, pues, lo que debes. ¡Bienaventurados aquellos hombres a los que debe Dios! ¡Ojalá que nosotros pudiéramos ser deudores dignos para poder pagar todo lo que hemos recibido, sin que nos ensoberbezca el don del sacerdocio o del ministerio! ¿Cómo pagas Tú, Señor Jesús? Prometiste que a los buenos les darías un premio abundante en el cielo, y lo cumples cuando dices: Muy bien, siervo bueno y fiel, porque has sido fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor (Mt 25, 21).

Por tanto, puesto que nadie es tan verdaderamente nuestro prójimo como el que ha curado nuestras heridas, amémosle, viendo en él a nuestro Señor, y querámosle como a nuestro prójimo; pues nada hay tan próximo a los miembros como la cabeza. Y amemos también al que es imitador de Cristo, y a todo aquel que se asocia al sufrimiento del necesitado por la unidad del cuerpo. No es, pues, la relación de parentesco la que hace a otro hombre nuestro prójimo, sino la misericordia, porque ésta se hace una segunda naturaleza; ya que nada hay tan conforme con la naturaleza como ayudar al que tiene nuestra misma realidad natural.

(Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (I), L.7, 71-84, BAC Madrid 1966, p. 379-84)

FRANCISCO – Ángelus 2013 y Homilía del 7 de octubre de 2013

Ángelus 2013

Dios quiere la misericordia del corazón, porque Él es misericordioso

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Nuestra cita dominical para el Ángelus hoy la vivimos aquí, en Castelgandolfo. Saludo a los habitantes de esta bonita ciudad. Quiero agradecer sobre todo vuestras oraciones, y lo mismo hago con todos vosotros, peregrinos que habéis venido aquí numerosos.

El Evangelio de hoy —estamos en el capítulo 10 de Lucas— es la famosa parábola del buen samaritano. ¿Quién era este hombre? Era una persona cualquiera, que bajaba de Jerusalén hacia Jericó por el camino que atravesaba el desierto de Judea. Poco antes, por ese camino, un hombre había sido asaltado por bandidos, le robaron, golpearon y abandonaron medio muerto. Antes del samaritano pasó un sacerdote y un levita, es decir, dos personas relacionadas con el culto del Templo del Señor. Vieron al pobrecillo, pero siguieron su camino sin detenerse. En cambio el samaritano, cuando vio a ese hombre, «sintió compasión» (Lc 10, 33) dice el Evangelio. Se acercó, le vendó las heridas, poniendo sobre ellas un poco de aceite y de vino; luego lo cargó sobre su cabalgadura, lo llevó a un albergue y pagó el hospedaje por él... En definitiva, se hizo cargo de él: es el ejemplo del amor al prójimo. Pero, ¿por qué Jesús elige a un samaritano como protagonista de la parábola? Porque los samaritanos eran despreciados por los judíos, por las diversas tradiciones religiosas. Sin embargo, Jesús muestra que el corazón de ese samaritano es bueno y generoso y que —a diferencia del sacerdote y del levita— él pone en práctica la voluntad de Dios, que quiere la misericordia más que los sacrificios (cf. Mc 12, 33). Dios siempre quiere la misericordia y no la condena hacia todos. Quiere la misericordia del corazón, porque Él es misericordioso y sabe comprender bien nuestras miserias, nuestras dificultades y también nuestros pecados. A todos nos da este corazón misericordioso. El Samaritano hace precisamente esto: imita la misericordia de Dios, la misericordia hacia quien está necesitado.

Un hombre que vivió plenamente este Evangelio del buen samaritano es el santo que recordamos hoy: san Camilo de Lellis, fundador de los Ministros de los enfermos, patrono de los enfermos y de los agentes sanitarios. San Camilo murió el 14 de julio de 1614: precisamente hoy se abre su iv centenario, que culminará dentro de un año. Saludo con gran afecto a todos los hijos y las hijas espirituales de san Camilo, que viven su carisma de caridad en contacto cotidiano con los enfermos. ¡Sed como él buenos samaritanos! Y también a los médicos, enfermeros y a todos aquellos que trabajan en los hospitales y en las residencias, deseo que les anime ese mismo espíritu. Confiamos esta intención a la intercesión de María santísima.

Otra intención desearía confiar a la Virgen, junto a vosotros. Está ya muy cerca la Jornada mundial de la juventud de Río de Janeiro. Se ve que hay muchos jóvenes en edad, pero todos sois jóvenes en el corazón. Yo partiré dentro de ocho días, pero muchos jóvenes partirán hacia Brasil incluso antes. Recemos entonces por esta gran peregrinación que comienza, para que Nuestra Señora de Aparecida, patrona de Brasil, guíe los pasos de los participantes, y abra su corazón para acoger la misión que Cristo les dará.

En fuga de Dios

7 de octubre de 2013

Para oír la voz de Dios en la propia vida hay que tener un corazón abierto a las sorpresas. De otro modo el riesgo es ponerse “en fuga de Dios”, alegando tal vez hasta una buena excusa. Y así puede ocurrir que precisamente los cristianos tengan la tentación de huir de Dios y las personas “lejanas” consigan en cambio escucharle. Lo dijo el Papa Francisco, quien, al celebrar la misa el lunes 7 de octubre, por la mañana, en Santa Marta, sugirió un camino seguro: dejemos escribir nuestra historia por Dios.

El Obispo de Roma, en la homilía, tomó como paradigma la historia de Jonás, comentando la primera lectura (Jon 1, 1-2, 1.11): él “tenía toda su vida bien organizada: servía al Señor, tal vez oraba mucho. Era un profeta, era bueno, hacía el bien”. Como “no quería que se le molestara, con el método de vida que había elegido, en el momento en que oyó la palabra de Dios empezó a huir. Y huía de Dios”. Así, cuando “el Señor le envía a Nínive, él toma la nave rumbo a España. Huía del Señor”.

A fin de cuenta, Jonás se había escrito la propia historia: “Yo quiero ser así, así, así, según los mandamientos”. No quería ser molestado. He aquí la razón de su “fuga de Dios”. Una fuga que, como alertó el Papa, puede vernos como protagonistas también a nosotros hoy. “Se puede huir de Dios siendo cristiano, siendo católico”, incluso “siendo sacerdote, obispo, Papa. Todos podemos huir de Dios. Es una tentación cotidiana: no escuchar a Dios, no escuchar su voz, no oír en el corazón su propuesta, su invitación”.

Y si “se puede huir directamente, hay otras maneras de huir de Dios un poco más educadas, un poco más sofisticadas”. La referencia es al pasaje evangélico de Lucas (Lc 10, 25-37) que cuenta de “este hombre, medio muerto, arrojado en el suelo de la vía. Por casualidad un sacerdote bajaba por la misma calle. Un digno sacerdote, con sotana: bien, buenísimo. Vio y miró: Llego tarde a misa, y continuó su camino. No había oído la voz de Dios, ahí”. Se trata -explicó el Papa- de “una manera distinta de huir: no como Jonás, que huía claramente. Después pasó un levita, vio y tal vez pensó: Pero si yo lo tomo o si me acerco, tal vez está muerto, y mañana tendré que ir al juez y dar testimonio. Y siguió su camino. Huía de esta voz de Dios en aquel hombre”.

En cambio es “curioso” que quien tiene “la capacidad de entender la voz de Dios” sea “sólo” un hombre “que habitualmente huía de Dios, un pecador”. En efecto, “quien oye la voz de Dios y se acerca” al hombre necesitado de ayuda “es un samaritano, un pecador” lejano de Dios. Un hombre que “no estaba acostumbrado a las prácticas religiosas, a la vida moral”. Estaba teológicamente en el error “porque los samaritanos creían que a Dios se le debía adorar en otro sitio” y no en Jerusalén.

Pero justamente esta persona “entendió que Dios le llamaba; y no huyó”. Se “hizo cercano” al hombre abandonado, vendándole “las heridas y derramándole aceite y vino. Después le cargó en la cabalgadura. Pero cuánto tiempo perdido: le llevó a una posada y se ocupó de él. Perdió toda la tarde”. Entretanto “el sacerdote llegó a tiempo para la santa misa, y todos los fieles contentos. El levita tuvo el día después una jornada tranquila, según lo que él había pensado hacer”, porque no tuvo que ir al juez.

“¿Y por qué Jonás huyó de Dios? ¿Por qué el sacerdote huyó de Dios? ¿Por qué el levita huyó de Dios?”. Porque “tenían el corazón cerrado. Cuando tienes el corazón cerrado no puedes oír la voz de Dios. En cambio un samaritano, que estaba de viaje, vio” a aquel hombre herido y “tuvo compasión. Tenía el corazón abierto, era humano”. Y su humanidad le permitió acercarse a él.

“Jonás tenía un proyecto de su vida: él quería escribir su historia, bien, según Dios. Pero él la escribía, el sacerdote lo mismo, el levita lo mismo. Un proyecto de trabajo. Este otro pecador”, en

cambio, “se dejó escribir la vida por Dios. Cambió todo aquella tarde”, porque el Señor le puso delante “a este pobre hombre, herido, tirado en la calle”.

Yo me pregunto “y os pregunto también a vosotros: ¿nos dejamos escribir nuestra vida por Dios o queremos escribirla nosotros? Y esto nos habla de la docilidad: ¿somos dóciles a la Palabra de Dios? Sí, yo quiero ser dócil. ¿Pero tienes tú capacidad de escucharla, de oírla? ¿Tienes capacidad de hallar la Palabra de Dios en la historia de cada día o tus ideas son las que te rigen y no dejas que la sorpresa del Señor te hable?” .

“Estoy seguro de que todos nosotros hoy, en este momento, decimos: pero este Jonás se la ha buscado y estos dos, el sacerdote y el levita, son egoístas. Es verdad: el samaritano, el pecador, ¡no huyó de Dios!”. De aquí el deseo de que “el Señor nos conceda oír su voz que nos dice: Ve y haz tú lo mismo”.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2007 y 2010

2007

El amor es “el corazón” de la vida cristiana

Queridos hermanos y hermanas:

Doy gracias al Señor porque también este año me brinda la posibilidad de pasar algunos días de descanso en la montaña. Ante este panorama de prados, bosques y cumbres que tienden hacia el cielo, brota espontáneo en el corazón el deseo de alabar a Dios por las maravillas de sus obras; y nuestra admiración por estas bellezas naturales se transforma fácilmente en oración.

Todo buen cristiano sabe que las vacaciones son un tiempo oportuno para que el cuerpo se relaje y también para alimentar el espíritu con tiempos más largos de oración y de meditación, para crecer en la relación personal con Cristo y conformarse cada vez más a sus enseñanzas. Hoy, por ejemplo, la liturgia nos invita a reflexionar sobre la célebre parábola del buen samaritano (cf. *Lc* 10, 25-37), que introduce en el corazón del mensaje evangélico: el amor a Dios y el amor al prójimo.

Pero, ¿quién es mi prójimo?, pregunta el interlocutor a Jesús. Y el Señor responde invirtiendo la pregunta, mostrando, con el relato del buen samaritano, que cada uno de nosotros debe convertirse en prójimo de toda persona con quien se encuentra. “Ve y haz tú lo mismo” (*Lc* 10, 37). Amar, dice Jesús, es comportarse como el buen samaritano. Por lo demás, sabemos que el buen samaritano por excelencia es precisamente él: aunque era Dios, no dudó en rebajarse hasta hacerse hombre y dar la vida por nosotros.

Por tanto, el amor es “el corazón” de la vida cristiana; en efecto, sólo el amor, suscitado en nosotros por el Espíritu Santo, nos convierte en testigos de Cristo. He querido proponer de nuevo esta importante verdad espiritual en el Mensaje para la XXIII Jornada mundial de la juventud, que se hará público el próximo viernes 20 de julio: “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos” (*Hch* 1, 8). Queridos jóvenes, este es el tema sobre el que os invito a reflexionar en los próximos meses, para prepararos a la gran cita que tendrá lugar en Sydney, Australia, dentro de un año, precisamente en estos días de julio. Las comunidades cristianas de esa amada nación están trabajando activamente para acogeros, y les agradezco los esfuerzos de organización que están realizando.

Encomendemos a María, a quien mañana invocaremos como Virgen del Carmen, el camino de preparación y el desarrollo del próximo encuentro de la juventud del mundo entero. Queridos amigos de todos los continentes, os invito a participar en gran número.

2010

El programa del cristiano es un «corazón que ve» dónde se necesita amor y actúa en consecuencia

Queridos hermanos y hermanas:

Desde hace algunos días —como veis— he dejado Roma para mi estancia veraniega en Castelgandolfo. Doy gracias a Dios que me ofrece esta posibilidad de descanso. El Evangelio de este domingo se abre con la pregunta que un doctor de la Ley plantea a Jesús: «Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?» (Lc 10, 25). Sabiéndole experto en Sagrada Escritura, el Señor invita a aquel hombre a dar él mismo la respuesta, que de hecho este formula perfectamente citando los dos mandamientos principales: amar a Dios con todo el corazón, con toda la mente y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo. Entonces, el doctor de la Ley, casi para justificarse, pregunta: «Y ¿quién es mi prójimo?» (Lc 10, 29). Esta vez, Jesús responde con la célebre parábola del «buen samaritano» (cf. Lc 10, 30-37), para indicar que nos corresponde a nosotros hacernos «prójimos» de cualquiera que tenga necesidad de ayuda. El samaritano, en efecto, se hace cargo de la situación de un desconocido a quien los salteadores habían dejado medio muerto en el camino, mientras que un sacerdote y un levita pasaron de largo, tal vez pensando que al contacto con la sangre, de acuerdo con un precepto, se contaminarían. La parábola, por lo tanto, debe inducirnos a transformar nuestra mentalidad según la lógica de Cristo, que es la lógica de la caridad: Dios es amor, y darle culto significa servir a los hermanos con amor sincero y generoso.

Este relato del Evangelio ofrece el «criterio de medida», esto es, «la universalidad del amor que se dirige al necesitado encontrado “casualmente” (cf. Lc 10, 31), quienquiera que sea» (*Deus caritas est*, 25). Junto a esta regla universal, existe también una exigencia específicamente eclesial: que «en la Iglesia misma como familia, ninguno de sus miembros sufra por encontrarse en necesidad». El programa del cristiano, aprendido de la enseñanza de Jesús, es un «corazón que ve» dónde se necesita amor y actúa en consecuencia (cf. *ib.*, 31).

Queridos amigos: deseo igualmente recordar que hoy la Iglesia hace memoria de san Benito de Nursia —el gran patrono de mi pontificado—, padre y legislador del monaquismo occidental. Él, como narra san Gregorio Magno, «fue un hombre de vida santa... de nombre y por gracia» (*Dialogi*, II, 1: *Bibliotheca Gregorii Magni* IV, Roma 2000, p. 136). «Escribió una Regla para los monjes... reflejo de un magisterio encarnado en su persona: en efecto, el santo no pudo en absoluto enseñar de forma diferente de cómo vivió» (*ib.*, II, XXXVI: *cit.*, p. 208). El Papa Pablo VI proclamó a san Benito patrono de Europa el 24 de octubre de 1964, reconociendo su maravillosa obra desarrollada para la formación de la civilización europea.

Confiemos a la Virgen María nuestro camino de fe y, en particular, este tiempo de vacaciones, a fin de que nuestros corazones jamás pierdan de vista la Palabra de Dios y a los hermanos en dificultad.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El hombre ha sido creado a imagen de Dios; el primogénito

299 Porque Dios crea con sabiduría, la creación está ordenada: “Tú todo lo dispusiste con medida, número y peso” (*Sb* 11,20). Creada en y por el Verbo eterno, “imagen del Dios invisible” (*Col* 1,15), la creación está destinada, dirigida al hombre, imagen de Dios (cf. *Gn* 1,26), llamado a una relación personal con Dios. Nuestra inteligencia, participando en la luz del Entendimiento divino, puede entender lo que Dios nos dice por su creación (cf. *Sal* 19,2-5), ciertamente no sin gran esfuerzo y en un espíritu de humildad y de respeto ante el Creador y su obra (cf. *Jb* 42,3). Salida de la bondad divina, la creación participa en esa bondad (“Y vio Dios que era bueno [...] muy bueno”: *Gn* 1,4.10.12.18.21.31). Porque la creación es querida por Dios como un don dirigido al hombre, como una herencia que le es destinada y confiada. La Iglesia ha debido, en repetidas ocasiones, defender la bondad de la creación, comprendida la del mundo material (cf. San León Magno, c. *Quam laudabiliter*, DS, 286; Concilio de Braga I: *ibíd.*, 455-463; Concilio de Letrán IV: *ibíd.*, 800; Concilio de Florencia: *ibíd.*, 1333; Concilio Vaticano I: *ibíd.*, 3002).

381 *El hombre es predestinado a reproducir la imagen del Hijo de Dios hecho hombre —“imagen del Dios invisible” (Col 1,15)—, para que Cristo sea el primogénito de una multitud de hermanos y de hermanas (cf. Ef 1,3-6; Rm 8,29).*

El prójimo tiene que ser considerado como “otro yo”

1931 El respeto a la persona humana supone respetar este principio: «Que cada uno, sin ninguna excepción, debe considerar al prójimo como “otro yo”, cuidando, en primer lugar, de su vida y de los medios necesarios para vivirla dignamente» (GS 27). Ninguna legislación podría por sí misma hacer desaparecer los temores, los prejuicios, las actitudes de soberbia y de egoísmo que obstaculizan el establecimiento de sociedades verdaderamente fraternas. Estos comportamientos sólo cesan con la caridad que ve en cada hombre un “prójimo”, un hermano.

1932 El deber de hacerse prójimo de los demás y de servirlos activamente se hace más acuciante todavía cuando éstos están más necesitados en cualquier sector de la vida humana. “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (*Mt* 25, 40).

1933 Este mismo deber se extiende a los que piensan y actúan diversamente de nosotros. La enseñanza de Cristo exige incluso el perdón de las ofensas. Extiende el mandamiento del amor que es el de la nueva ley a todos los enemigos (cf *Mt* 5, 43-44). La liberación en el espíritu del Evangelio es incompatible con el odio al enemigo en cuanto persona, pero no con el odio al mal que hace en cuanto enemigo.

Las obras de misericordia corporal

2447 Las *obras de misericordia* son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales (cf. *Is* 58, 6-7; *Hb* 13, 3). Instruir, aconsejar, consolar, confortar, son obras espirituales de misericordia, como también lo son perdonar y sufrir con paciencia. Las obras de misericordia corporales consisten especialmente en dar de comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos (cf *Mt* 25,31-46). Entre estas obras, la limosna hecha a los pobres (cf *Tb* 4, 5-11; *Si* 17, 22) es uno de los principales testimonios de la caridad fraterna; es también una práctica de justicia que agrada a Dios (cf *Mt* 6, 2-4):

«El que tenga dos túnicas que las reparta con el que no tiene; el que tenga para comer que haga lo mismo» (Lc 3, 11). «Dad más bien en limosna lo que tenéis, y así todas las cosas serán puras para vosotros» (Lc 11, 41). «Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: “Id en paz, calentaos o hartaos”, pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve?» (St 2, 15-16; cf Jn 3, 17).

En la celebración del Sacramento de la Penitencia el sacerdote es como el buen samaritano

1465 Cuando celebra el sacramento de la Penitencia, el sacerdote ejerce el ministerio del Buen Pastor que busca la oveja perdida, el del Buen Samaritano que cura las heridas, del Padre que espera al hijo pródigo y lo acoge a su vuelta, del justo Juez que no hace acepción de personas y cuyo juicio es a la vez justo y misericordioso. En una palabra, el sacerdote es el signo y el instrumento del amor misericordioso de Dios con el pecador.

El Verbo y la creación, visible e invisible

203 Dios se reveló a su pueblo Israel dándole a conocer su Nombre. El nombre expresa la esencia, la identidad de la persona y el sentido de su vida. Dios tiene un nombre. No es una fuerza anónima. Comunicar su nombre es darse a conocer a los otros. Es, en cierta manera, comunicarse a sí mismo haciéndose accesible, capaz de ser más íntimamente conocido y de ser invocado personalmente.

291 “En el principio existía el Verbo [...] y el Verbo era Dios [...] Todo fue hecho por él y sin él nada ha sido hecho” (Jn 1,1-3). El Nuevo Testamento revela que Dios creó todo por el Verbo Eterno, su Hijo amado. “En él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra [...] todo fue creado por él y para él, él existe con anterioridad a todo y todo tiene en él su consistencia” (Col 1, 16-17). La fe de la Iglesia afirma también la acción creadora del Espíritu Santo: él es el “dador de vida” (*Símbolo Niceno-Constantinopolitano*), “el Espíritu Creador” (*Liturgia de las Horas*, Himno *Veni, Creator Spiritus*), la “Fuente de todo bien” (*Liturgia bizantina*, Tropario de vísperas de Pentecostés).

331 Cristo es el centro del mundo de los ángeles. Los ángeles le pertenecen: “Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles...” (Mt 25, 31). Le pertenecen porque fueron creados *por y para* Él: “Porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por Él y para Él” (Col 1, 16). Le pertenecen más aún porque los ha hecho mensajeros de su designio de salvación: “¿Es que no son todos ellos espíritus servidores con la misión de asistir a los que han de heredar la salvación?” (Hb1, 14).

703 La Palabra de Dios y su Soplo están en el origen del ser y de la vida de toda creatura (cf. *Sal* 33, 6; 104, 30; *Gn* 1, 2; 2, 7; *Qo* 3, 20-21; *Ez* 37, 10):

«Es justo que el Espíritu Santo reine, santifique y anime la creación porque es Dios consubstancial al Padre y al Hijo [...] A Él se le da el poder sobre la vida, porque siendo Dios guarda la creación en el Padre por el Hijo» (Oficio Bizantino de las Horas. Maitines del Domingo según el modo segundo. Antífonas 1 y 2).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

El buen samaritano

En la música y en la literatura mundial, hay «acometidas o entradas musicales» que han llegado a ser célebres. Cuatro notas dispuestas en una cierta secuencia y todo entendedor exclama de inmediato: «¡ Quinta sinfonía de Beethoven: el destino que llama a la puerta!» Ya aquellas cuatro

notas son como una rúbrica, un marco inconfundible. Muchas parábolas de Jesús comparten esta característica. Una de ellas es, precisamente, la que se lee en el Evangelio de hoy: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó...» y todos dicen o exclaman: ¡Parábola del buen samaritano! Pero, veamos la circunstancia que la provocó:

«Se presentó un maestro de la Ley y le preguntó a Jesús para ponerlo a prueba: “Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?” Él le dijo: “Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?” Él contestó: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con todo tu ser. y al prójimo como a ti mismo”. Él le dijo: “Bien dicho. Haz esto y tendrás la vida”. Pero el maestro de la Ley, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: “¿Y quién es mi prójimo?”».

El problema, que incomodaba al doctor de la Ley, era muy debatido en el ambiente judío de la época. Se discutía sobre quién debía ser considerado como el propio prójimo para un israelita. Los más generosos llegaban a incluir en la categoría de prójimo a todos los de la misma nación y a los prosélitos, esto es, a los gentiles que se habían adherido al judaísmo. El sentido de la pregunta en consecuencia es esta: ¿hasta dónde nos empuja la obligación de amar al prójimo? La pregunta recuerda aquella otra de Pedro: «Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces?» (*Mateo 18,21*). A la pregunta de Pedro, Jesús respondió contando la parábola del dueño o amo generoso y del siervo despiadado; también, a la pregunta del doctor de la Ley responde con una parábola:

«Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto».

La ambientación se parece bastante a la realidad. Se trata en aquel tiempo de un camino especialmente abrupto en pleno desierto, rico en sitios quebrados y aptos para emboscadas. En pocos kilómetros, se desciende desde los setecientos metros sobre el nivel del mar a algún centenar de metros bajo su nivel. Jesús lo conocía bien, habiéndolo recorrido él mismo varias veces en un sentido y en otro. Pero, continuemos con la lectura:

«Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje, llegó a donde estaba él y, al verlo, le dio lástima».

La aproximación de los personajes, ¡un samaritano que socorre a un judío! , está puesta para significar que la categoría de prójimo es universal, no particular. Tiene por horizonte al hombre, no en el círculo familiar, étnico o religioso sino al hombre en sí mismo, no por algo añadido a su realidad. ¡Prójimo es, asimismo, el enemigo! Los judíos de hecho «¡no se tratan con los samaritanos!» (cfr. *Juan 4, 9*).

Y, he aquí, la segunda enseñanza de la parábola: cómo hacerse prójimo. ¿Qué hizo el samaritano?

«Se le acercó, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino, y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente, sacó dos denarios y, dándoselos al posadero, le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta”».

El samaritano comienza con acercarse al herido, se le «aproxima». No puede haber amor efectivo y eficaz si no hay alguna proximidad igualmente real y física. El amor del prójimo comienza frecuentemente con los propios pasos, que interrumpen un camino preciso, para ir al encuentro con

otro. Con frecuencia, esto tiene este humilde inicio, que no es el más fácil: abandonar el propio camino, los propios proyectos, el propio futuro y aceptar los del otro durante un cierto tiempo.

Después, el samaritano se ofrece al herido como su futuro inmediato para sí mismo: es precisamente lo que hace cuando cura las heridas, vierte el aceite y el vino y carga con aquel hombre en su misma cabalgadura. Durante un cierto tiempo, el herido ha llegado a ser su única preocupación. Lo concreto respecto a la cabalgadura es significativo: el samaritano cede su puesto al herido. Amar es saber ceder el propio puesto y aceptar el del otro. El samaritano es un hombre como los demás, con un pasado, una tradición, una familia, un trabajo, unas leyes y también unos proyectos. Sin duda, le esperaban un trabajo, una familia, unos amigos. Pero, por un cierto tiempo, ha dejado aparte todo esto.

Al final, el samaritano se aleja y continúa su viaje; en cierto sentido, comienza a separarse. Había confiado al herido a una especie de organismo especializado y retribuido; y paga, por esto, al posadero una cuota de dos denarios. Esto demuestra, además, los límites del amor al prójimo, que son los de las relaciones cortas. No se trata de dejar al prójimo abandonado a sí mismo sino dejarlo a otros, a los que compete el menester de ocuparse de ello, no pudiendo nadie proveer por sí solo a las necesidades de todos.

Al final es clara la respuesta a la pregunta de cómo hacerse prójimo: con los hechos y no sólo con palabras. Juan dirá: «Hijos míos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con obras y según la verdad» (1 Juan 3,18). Si el samaritano se hubiese contentado con acercarse y decide a aquel desgraciado, que yacía ensangrentado: «Pobrecillo, ¡cuánto me desagrada! ¿Cómo ha sucedido? ¡Ánimo!» o con palabras semejantes y, después, se hubiese ido, ¿no habría sido todo esto como una broma y un insulto? Escuchemos cómo se concluye la parábola:

«¿Cuál de estos tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los bandidos? Él contestó: “El que practicó la misericordia con él”. Díjole Jesús: “Anda, haz tú lo mismo”».

Jesús realiza aquí un giro espectacular respecto al concepto tradicional de prójimo. Próximo es el samaritano, no el herido, como podríamos esperar. Esto significa que no es necesario esperar pasivamente que el prójimo aparezca en el propio camino, tal vez con tantas señalizaciones luminosas y sirenas desplegadas. Nos toca a nosotros estar prontos para darnos cuenta que está ahí para descubrirlo. ¡Prójimo es aquel que cada uno de nosotros está llamado a ser! El problema del doctor de la Ley aparece invertido; de problema abstracto y académico, se hace problema concreto y operativo. La pregunta a plantearse no es: «¿Quién es mi prójimo?» sino «¿de quién puedo hacerme prójimo aquí y ahora?»

Frecuentemente se nos ha preguntado si el relato del buen samaritano era una parábola o era una verdadera historia; esto es, si Jesús toma la ocasión de un hecho real acaecido o si, por el contrario, inventa él mismo la escena, como acostumbra a hacer cuando cuenta las parábolas. La respuesta es que en la parábola del buen samaritano, efectivamente, hay una historia verdadera. Pero, no una pequeña historia, como sería la de un robo acaecido a lo largo del camino de Jerusalén a Jericó sino una historia grandiosa. ¡Grande cuanto la misma historia de la humanidad!

Según algunas exégesis antiquísimas, el hombre que descendía de Jerusalén a Jericó es Adán, la humanidad entera; Jerusalén es el paraíso; Jericó, el mundo; los ladrones son los demonios y las pasiones, que hacen caer al hombre en pecado provocándole la muerte; el sacerdote y el levita son la Ley y los profetas, que han visto la situación del hombre, pero no han podido hacer nada para cambiarla; el buen samaritano es Cristo, que ha derramado sobre las heridas humanas el vino de su

sangre y el óleo o aceite del Espíritu Santo; la posada, a la que lleva al hombre recogido en el camino, es la Iglesia; el posadero es el pastor de la Iglesia, a la que confía el cuidado; el hecho de que el samaritano prometa volver, indica el anuncio de la segunda venida del Salvador (cfr. Orígenes, *Homilías sobre Lucas*, 34).

Ahora, sabemos a quién debemos imitar, quién está detrás del anónimo samaritano. Amar al prójimo, hacerse cercano a él, es exigido por el seguimiento de Cristo; es el primer deber de quien quiere ser su discípulo. La conclusión «Anda, haz tú lo mismo» nos recuerda lo que Jesús dijo a sus discípulos, después de haberles lavado los pies: «Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros» (*Juan 13,15*).

La parábola espera encarnarse, por lo tanto, en nuestra vida cotidiana. Escuchando el relato es fácil enojarse con el levita y con el sacerdote, que pasan sin pararse, y, tal vez, para tomar ocasión de acusar a la clase entera de los actuales levitas y los sacerdotes. Que las palabras de Jesús, en primer lugar, deben hacernos reflexionar a nosotros, el clero, está fuera de duda. Pero, sería buscar pretextos limitarse a hacer esto. ¡Cuántas personas «medio muertas» (en el cuerpo o en el espíritu) hemos encontrado, sacerdotes y laicos, en la vida y posiblemente también hemos caminado hacia adelante!

La parábola del buen samaritano tiene en nuestros días un ámbito de aplicación totalmente nuevo. Los modernos bandidos, que dejan a las personas medio muertas por el camino, son los así llamados «piratas de la carretera», conductores de automóviles, que con su modo irresponsable o agresivo de conducir cotidianamente causan estragos por las carreteras atestadas de accidentes frecuentemente mortales. El sacerdote y el levita son los que, en casos del género, omiten prestar socorro para no tener complicaciones, no ensuciarse las manos o perder tiempo. Los buenos samaritanos son todos los que trabajan para hacer nuestras carreteras más seguras: los adscritos al control de tráfico y al socorro vial y los hombres de la policía de tráfico. A ellos les debemos las gracias, aunque, a veces, también nosotros mismos hemos de hacer nuestros pagos con alguna multa merecida.

Os dejamos aquí, pero que continúe resonando en nuestros oídos la palabra de Jesús: «Anda, haz tú lo mismo».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Un amor humano a lo divino

Aprendamos de Jesús en este domingo –tomando ocasión del fragmento de san Lucas que nos ofrece para hoy la Liturgia de la Iglesia– a realizar el bien a pesar de todo... En algunas ocasiones nos veremos, como aquel día Jesús ante la pregunta malintencionada del doctor de la ley, pero nosotros posiblemente sentiremos el impulso de corresponder con otra ofensa al mal trato recibido. ¿Acaso no estaríamos en nuestro derecho?, podríamos pensar. Sin embargo, el “ojo por ojo y diente por diente” pertenece ya al pasado, y poco tiene que ver con la caridad cristiana. Jesús, que únicamente vino al mundo para nuestro bien, tuvo que ayudarnos a pesar de la hostilidad humana. Su divino amor por nosotros le llevó a no considerar si en realidad teníamos derecho o no al tesoro de su Amor.

Esa es la actitud constante de Cristo. En ningún momento hay en Él manifestación alguna de revancha, de venganza... Jesús no sabe de “ajustes de cuentas” o de hacer escarmentar... Ni siquiera es más remiso en su entrega en favor de la gente, por la ingratitud o, incluso, la mala interpretación de sus hechos y palabras por parte de algunos de los favorecidos. Nuestro Señor no se plantea sino ayudarnos a toda costa, en aquello que es nuestro mayor bien: la Salvación. Nada de este mundo le

hace desistir de ese empeño generoso y desinteresado. El suyo es un amor que no tiene precio, por cuanto gratuitamente otorga, al hombre que le reconoce como Dios, aquello en lo que consiste la máxima felicidad y plenitud, que –siendo Dios– únicamente Él puede otorgar.

A continuación de la respuesta sencilla del Señor ante la malintencionada pregunta –dando por otra parte al impertinente doctor de ley ocasión de lucimiento–, Jesús ejemplifica con una parábola cómo debe ser de generosa y desinteresada la caridad. En todo momento resplandece en el buen samaritano el olvido de sí mismo. Cada gesto de su conducta, con ocasión de la desgracia de su prójimo, es buscando el mayor bien para quien cayó en manos de los salteadores. ¿Alguna obligación en justicia le forzaba a gastar su tiempo y su dinero en un desconocido? Ningún precepto legal –que sepamos– movió su generosidad. Nos quiere enseñar Jesús que, sólo contemplar la necesidad de otro, es motivo, más que suficiente, para olvidar las propias cosas particulares: lo suficiente, al menos, para remediar esa desgracia humana.

Si somos francos, aceptamos fácilmente que la actitud de ese samaritano es admirable. Sin duda, viajaba por asuntos personales de cierta importancia. De hecho, detiene su viaje, lo necesario para remediar esmeradamente el problema, pero continúa su marcha. No se trata, de ordinario, en la caridad de desentenderse de modo absoluto de las propias cosas. Sin embargo, el bien del prójimo reclama una verdadera responsabilidad. **Cuida de él** –dice al posadero–, **y lo que gastes de más te lo daré a mi vuelta**. Porque la caridad bien vivida –en nuestra humana condición es muy importante tenerlo presente– supondrá siempre alguna “pérdida” para quien la ejercita. Amar siempre costará, aunque el impulso de quien ama parezca quitarle importancia al gasto, al esfuerzo, al tiempo empleado, al cansancio, a la contrariedad... Luego, se siente sin duda la humana satisfacción del deber cumplido. Pero, en todo caso, no se ayuda por nada personal. Como veíamos, es el bien del prójimo lo que impulsa al desprendimiento en cada caso.

Con esas renunciadas a lo propio se agrada a Dios. **Cuanto hicisteis con uno de estos, conmigo lo hicisteis**, declaró Jesús, para que entendiéramos el valor de la caridad, y hasta qué punto está Él presente en quienes nos rodean, por desconocidos que nos resulten. También en quienes nos han tratado mal: **amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persigan** –nos pide el Señor–, **para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos**. En todo momento podemos descubrir una oportunidad de amar a Dios en nuestros prójimos. Posiblemente, cuando más nos cuesta, es más heroico y puro el amor que manifestamos a Dios. Tal vez, entonces, se asemeja más al Suyo por nosotros, y somos así, en efecto –asemejándonos a Cristo–, mejores hijos de nuestro Padre del Cielo.

La lealtad a Dios de nuestra Madre, repetidamente probada en momentos difíciles –duros– de fidelidad, será siempre un luminoso ejemplo y un estímulo para sus hijos.

PALABRA Y VIDA (www.palabayvida.com.ar)

El buen samaritano

Se nos pregunta a menudo si el relato del buen Samaritano es una parábola o una historia verdadera, vale decir, si Jesús se inspira en un hecho realmente sucedido en el camino que va de Jerusalén a Jericó o si, por el contrario, él mismo inventa la escena, como hace muchas veces cuando cuenta parábolas. La respuesta que la tradición cristiana dio a esta pregunta —extrayéndola del conjunto del Nuevo Testamento— es que debajo de la parábola del buen Samaritano hay efectivamente una historia verdadera. Pero no una “pequeña” historia (como sería la de un atraco ocurrido en el camino de Jerusalén a Jericó, parecida a otras desgracias por el estilo) sino una historia “grande”, grande como el mundo: ¡la historia de la humanidad! Una de las primerísimas

interpretaciones de esta parábola en los Padres de la Iglesia dice lo siguiente: “El hombre que descendía es Adán, Jerusalén es el paraíso, Jericó el mundo; los ladrones son las potestades enemigas, el sacerdote es la ley, el levita los profetas, el samaritano es Cristo; las heridas son la desobediencia, el asno el cuerpo de Cristo, el albergue que acoge a todos los que quieren entrar es la Iglesia, los dos denarios son el Padre y el Hijo, el dueño del albergue es el pastor de la Iglesia al que es confiada la cura; el hecho de que el samaritano prometa volver, indica la segunda venida del Salvador” (Orígenes, *Hom. in Lc.*, 34).

Concentrándose más en la figura central del Samaritano, otro autor antiguo dice: “¿Quién podría ser este prójimo, sino el Salvador mismo? ¿Quién más que él tuvo piedad de nosotros que estábamos por ser asesinados por dominadores de este mundo de tinieblas con tantas heridas, los miedos, las pasiones, las iras, los dolores, los engaños, los placeres? De todas esas heridas él único médico es Jesús. Él es quien derrama sobre nuestras almas heridas el vino que es la sangre de la vid de David; él es quien da copiosamente el óleo que es la piedad del Padre” (Clemente Al., *Quis dives*, 29).

Esta no es una lectura forzada y arbitraria de la parábola evangélica; no es tampoco una lectura alegórica; es “el fondo” de la historia de la salvación, sin el cual es imposible comprender la parábola en todo su significado, o se termina reduciéndola a poco más que un ejemplo práctico. La liturgia tomó esa lectura tradicional de los Padres, porque —si le prestamos atención— insertó hoy la parábola del buen Samaritano en un conjunto de lecturas que hablan de Jesús y de su experiencia de salvación. La frase sobre la cual se apoya la liturgia, en su lectura cristológica de la parábola, es la siguiente: “se acercó”. El gesto más importante que hace el Samaritano es el primero: el de no mantenerse a distancia como el levita y el sacerdote, sino acercarse, hacerse prójimo. Pero, ¿quién es aquel que, por excelencia, se acercó al hombre? ¡Dios, en Jesucristo! Ahora entendemos el porqué de la elección de la primera lectura, aparentemente tan ajena al tema; ella nos habla proféticamente de la palabra de Dios que “está muy cerca de ti”, desde luego dentro de nosotros, en el corazón y en la boca; a Dios no hay que ir a buscarlo lejos, arriba al cielo, o más allá del mar, porque él mismo vino a buscarnos, se hizo prójimo nuestro: “El Señor está cerca de quien lo busca”, canta el Salmo responsorial de hoy. La segunda lectura también nos habla de este “acercarse” de Dios en Jesucristo: Jesús, la “Imagen del Dios invisible”, por medio del cual se crearon todas las cosas, se ha convertido en jefe de la Iglesia y ha vuelto a pacificar con su sangre a Dios y al hombre.

La parábola evangélica concluye con las palabras: *¡Ve y procede tú de la misma manera!* Ahora sabemos a quién se refiere esa orden, a quién debemos imitar, quién está detrás del anónimo samaritano. Amar al prójimo, acercarse a él, es una consecuencia del hecho de que Dios nos amó y se acercó a nosotros; el segundo mandamiento desciende del primero y no se mantiene en pie sin el primero. Nosotros no debemos amar al prójimo para que Dios nos ame sino porque Dios nos amó. Esta es una mora que se funda en la historia de la salvación.

Ahora, no antes, es posible pasar a una lectura “más ajustada” de la parábola evangélica para extraer enseñanzas también de su sentido literal e inmediato. Los puntos sobre los cuales parece insistir Jesús son dos en particular: a quién acercarse, o sea, de quién hacerse prójimo; de qué modo acercarse.

El problema que asaltaba al doctor de la ley cuando preguntó: *¿Y quién es mi prójimo?* era un problema muy preciso; en su tiempo había un debate en torno de quién debía ser considerado, para un israelita, como prójimo: los más generosos llegaban a incluir en la categoría de prójimo a todos los compatriotas y a los prosélitos; otros restringían luego el campo excluyendo de la categoría de prójimo, unos al enemigo personal, otros —como los fariseos— a los que no pertenecían al partido.

otros —como los esenios— a los así llamados “hijos de las tinieblas”. El sentido de la pregunta es por ende: ¿hasta dónde llega la obligación de amar al prójimo? ¿A quién hay que incluir en esta orden?

En su respuesta, Jesús amplía —como de costumbre— el horizonte estrecho de los interrogantes; hace ver aspectos y dimensiones insospechados del problema; efectúa, en suma, el paso de la ley al Evangelio. La respuesta es: ¡No hay ningún límite! La categoría de prójimo es universal, no particular, porque indica al hombre, no al pariente, al compatriota, al amigo, al discípulo; vale decir, el hombre por sí mismo, no por algo agregado a su realidad. El acercamiento de los personajes —un judío y un samaritano— responde a esta preocupación; quiere decir: ¡incluso el enemigo! (Los judíos, observa Juan, no mantenían buenas relaciones con los samaritanos).

Comentando el precepto: *Amarás a tu prójimo*, Jesús explica el porqué de todo esto; dice: Si aman a quienes los aman, ¿qué mérito tienen? Eso lo hacen también los paganos; para hacer eso, basta obedecer a la naturaleza; quien ha conocido el amor del Padre celeste y quiere ser su hijo, debe impulsarse a amar, como hace él, también a los injustos (cf. Mt. 5. 43-48). Nos remite nuevamente —como se ve— a lo que se decía de la acción de Dios en Cristo: Dios hizo eso; Dios nos amó mientras éramos enemigos y pecadores (cf. Rom. 5. 6-8). Una vez más: *¡Ve y procede tú de la misma manera!*

Al final, el problema del doctor de la ley aparece dado vuelta: de problema abstracto y académico pasa a ser problema concreto y operativo; no: ¿Quién es mi prójimo? sino: ¿De quién puedo hacerme prójimo? Establecer quién es nuestro prójimo no sirve para nada, si no nos hacemos prójimo nosotros.

Y he aquí el segundo punto de la parábola: cómo hacerse prójimo. De la acción del Samaritano surge por lo menos una respuesta clara: Hay que acercarse “con obras”, no con palabras; nos viene a la mente la exhortación de Juan: *Hijitos míos, no amemos solamente con la lengua y de palabra, sino con obras y de verdad* (1 Jn. 3.18). Si el Samaritano se hubiera contentado con acercarse y decir a ese desgraciado que estaba en el suelo ensangrentado: “¡Pobrecito, cuánto lo lamento! ¿Cómo fue? ¡Animo!”, o palabras por el estilo, ¿no habría sido todo más que una ironía y un insulto? Dice el apóstol Santiago: *¿De qué sirve si uno de ustedes, al ver a un hermano o una hermana desnudos o sin el alimento necesario, les dice: “Vayan en paz, caliéntense y coman”, no les da lo que necesitan para su cuerpo?* (Sant. 2,15-16).

Para amar como exige Jesús, debemos estar dispuestos a entregar de lo nuestro y, más aún, a “entregarnos”. Así hicieron muchos santos que fueron, en la historia de la Iglesia, la encarnación viviente de la parábola del buen Samaritano: hombres y mujeres que fundaron comunidades para rescatar a los esclavos para educar a los huérfanos, para curar a los leprosos, asistir a los moribundos. La palabra de Jesús, pese a toda la debilidad humana y a las incoherencias de los discípulos, no cayó realmente en el vacío, o “en el camino”: siempre produjo mucho fruto, a veces el ciento por ciento, a veces menos; lo produjo porque estos hombres y estas mujeres heroicos no tenían ante sí sólo “la parábola” del buen Samaritano, sino también “la historia” del buen Samaritano; tenían a Jesús, su amor, sus ejemplos, sus promesas, sus sacramentos, y sobre todo su Espíritu.

La reflexión sobre el Evangelio fue hasta ahora de la realidad (Cristo) a la parábola; ahora debe ir de la parábola a la realidad: ¡a nuestra realidad! El *¡Ve y procede tú de la misma manera!* es ahora más concreto que al principio; sabemos a quién acercarnos y cómo acercarnos. La parábola espera encarnarse en nuestra vida cotidiana, como se encarnó y se encarna en tantos de nuestros hermanos que están realmente consumidos por el celo mostrado hacia los hermanos más pobres. Leyendo la parábola, tal vez nos irritamos con el levita o el sacerdote que pasan al lado sin detenerse,

quizás para no tener problemas o, más probablemente, para no ensuciarse las manos (los muertos contaminaban, según la mentalidad de la época). Pienso que deberíamos cambiar el destinatario de nuestra ira: ¡cuántas veces ese levita y ese sacerdote hemos sido nosotros! ¡Cuántas personas “medio muertas” hemos encontrado también nosotros en la vida y hemos seguido de largo! Quizás nosotros también tuvimos miedo de “ensuciarnos las manos”, de contaminarnos, si no física, sí moralmente; para obrar en ciertas situaciones escabrosas de miseria, se corren realmente riesgos; pero con Jesús, especialmente si estamos sostenidos por una comunidad, se pueden vencer. También Jesús se ensució cuando, como dijo un autor antiguo, bajó a la “cloaca de este mundo” (Tertuliano); se ensució con todos los pecados del mundo, pero los “quitó” con el poder de su amor y su sacrificio.

Para concluir, es necesario que miremos inmediatamente a nuestro alrededor, ahora y en los próximos días, para ver cuál es la persona o la situación a las que podríamos “acercarnos”. El Señor quiera que no vengamos a la próxima Eucaristía sin haber empezado a hacer algo.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Quien preguntó a Jesús, con ánimo de ponerlo a prueba, qué debía hacer para entrar en la vida eterna era un letrado, que ante la invitación de Jesús de que cumpliera lo que está escrito en la Ley, quiso entablar un diálogo erudito, no comprometido. “¿Y quién es mi prójimo?” El Señor no se dejó atrapar y tomando la pregunta al vuelo le expuso la soberbia parábola del Buen Samaritano que acabamos de oír.

¿Que quien es tu prójimo? No sé su nombre, dice en esencia Jesús. Es aquel que está junto a ti con una necesidad en cualquiera de los caminos del Jericó de tu vida. El amor verdadero es todo ojos para descubrir las necesidades concretas del momento sin pasar de largo apelando a urgencias más importantes o justificándonos pensando que esas ayudas no resuelven los problemas de la Humanidad. Esa filantropía universal y vaga que descuida la realidad que tenemos a mano, no son un logro sino una tragedia. ¿No advertimos lo fácil que resulta solidarizarnos con los pobres y lo costoso que se nos hace solidarizarnos con la pobre de mi mujer, el pobre del marido, los hijos, los hermanos, los amigos...?

También nosotros, como este letrado, conocemos lo que Dios quiere. Somos gente instruida. Pero nos desentendemos de su Ley. Por eso el Maestro le respondió por dos veces: “Anda, haz tú lo mismo”. “Bien dicho. Haz esto y tendrás la vida”. He aquí la cuestión: Haz eso. Y es que: del dicho al hecho hay mucho trecho, como dice el pueblo sencillo. Toda la fuerza se detiene muchas veces en las buenas palabras. Éstas surgen a borbotones, como la lava de un volcán en erupción, al denunciar las deficiencias ajenas. Nos sobran recursos para hacerle un sermón a los hijos, la mujer, el marido..., los otros. En cambio, todo son atenuantes para nuestra conducta, tan lastrada también por las mismas escorias morales. No basta con saber lo que hay que hacer, es preciso realizarlo en todo momento. “Haz eso y vivirás”.

Posiblemente, el sacerdote y el levita de esta extraordinaria enseñanza de Cristo no vieron en su camino sino un cuerpo ensangrentado y maltrecho. ¡Cuántas veces en nuestro trato con los demás, en la vida del hogar, con los amigos y compañeros de profesión, nuestra mirada se detiene tan sólo en los defectos, esas heridas que los enemigos de nuestra alma nos infirieron! El Buen Samaritano nos recordará la obligación de mirar a los demás como los ve el Señor, con cariño, descubriendo lo que hay por debajo de esas heridas del carácter, del temperamento y de la vida: un ser humano, un hermano, un hijo de Dios.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Cúmplo»

I. LA PALABRA DE DIOS

Dt 30, 10-14: El mandamiento está muy cerca de ti; cúmplo

Sal 68, 14 y 17.30-31.33-34.36 y 37: Buscad al Señor, y vivirá vuestro corazón

Col 1,15-20: Todo fue creado por él y para él

Lc 10,25-37: ¿Quién es mi prójimo?

II. LA FE DE LA IGLESIA

«Por su modo de actuar y de su predicación, Jesús ha atestiguado el valor perenne del Decálogo» (2076). «La Ley no es abolida, sino que el hombre es invitado a encontrarla en la Persona de su Maestro, que es quien le da la plenitud perfecta» (2053).

«El don del Decálogo fue concedido en el marco de la alianza establecida por Dios con su pueblo. Los mandamientos de Dios reciben su verdadero significado en y por esta Alianza» (2077). «La existencia moral es respuesta a la iniciativa amorosa del Señor» (2062).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«El Señor prescribió el amor a Dios y enseñó la justicia para con el prójimo a fin de que el hombre no fuese injusto ni indigno de Dios. Así, por el Decálogo, Dio preparaba al hombre para ser su amigo y tener un solo corazón con su prójimo» (S. Ireneo) (2063).

«La primera frase del Decálogo, primera palabra de los mandamientos de Dios, se refiere a la libertad: “Yo soy el Señor tu Dios que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre” (Ex 20,2; Dt 5,6)» (Orígenes) (2061).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

Los principales mandamientos del Señor inscritos en el corazón del hombre son los que se recuerdan en el Decálogo. Hacen felices al hombre.

Jesús no vino a anular la Ley del Decálogo, la amplió y espiritualizó. Así lo hace con el precepto del amor al prójimo: hay que «hacerse prójimo» del necesitado, como el buen samaritano.

La carta a los Colosenses es una de las «de la cautividad» escrita por S. Pablo en una de sus frecuentes detenciones en prisión. El tema fundamental: la primacía absoluta de Cristo en el universo y en la Iglesia.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

Introducción a los Diez Mandamientos: 2052-2082.

La respuesta:

«Sin mi no podeis hacer nada»: 2074.

Amarás a tu prójimo: 2196.

C. Otras sugerencias

Los mandamientos de Dios, expresión de su voluntad, están muy cerca, inscritos en el corazón humano, escritas en el decálogo, llevados a plenitud en su vida y predicación por Jesús...y sin embargo hay que meditarlos y profundizar sobre ellos. Es la pregunta que se le hace a Jesús. El responde con profundidad.

Cumplir la voluntad de Dios es la vida cristiana y el centro de la oración. En el mandamiento doble del amor a Dios y al prójimo se resume todo. Tenemos la respuesta, pero no para cumplirlo externamente. La parábola del Buen Samaritano invita a plantearse con seriedad el amor al prójimo. «Hacerse prójimo» con el necesitado.

Es tan conocido este mandamiento del amor que puede darse por cumplido. Hoy se llama la atención para no caer en esa actitud.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

El buen samaritano.

– **Nuestro prójimo es quien está cerca de nosotros y necesita ayuda. Acercarle a la fe, la primera muestra de caridad.**

I. Amarás... al prójimo como a ti mismo. El doctor de la ley respondió acertadamente. Jesús lo confirma: *Has respondido bien: haz esto y vivirás*. Lo narra el Evangelio de la Misa de hoy¹.

Este precepto ya existía en la ley judía, e incluso estaba especificado en detalles concretos y prácticos. Por ejemplo, leemos en el *Levítico*: *Cuando hagáis la recolección de vuestra tierra, no segarás hasta el límite externo de tu campo, ni recogerás las espigas caídas, ni harás el rebusco de tus viñas y olivares, ni recogerás la fruta caída de los frutales; lo dejarás para el pobre y el extranjero*². Y, después de especificar otras muestras de misericordia, dice el Libro Sagrado: *No te vengues y no guardes rencor contra los hijos de tu pueblo. Amarás a tu prójimo como a ti mismo*³.

Es un lejano anticipo de lo que será el mandamiento del Señor. Pero existía la incertidumbre sobre el término “prójimo”. No se sabía a ciencia cierta si se refería a los del propio clan familiar, a los amigos, a quienes pertenecían al pueblo de Dios... Había diversas respuestas. Por eso, el doctor de la ley le pregunta al Señor: *¿y quién es mi prójimo?*, ¿con quién debo tener esas muestras de amor y de misericordia? Jesús responderá con una bellísima parábola, que recogió San Lucas: *Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos salteadores que, después de haberle despojado, le cubrieron de heridas y se marcharon, dejándole medio muerto*⁴. Éste es mi prójimo: un hombre, un hombre cualquiera, alguien que tiene necesidad de mí. No hace el Señor ninguna especificación de raza, amistad o parentesco. Nuestro prójimo es cualquiera que esté cerca de nosotros y tenga necesidad de ayuda. Nada se dice de su país, ni de su cultura, ni de su condición social: *homo quidam*, un hombre cualquiera.

En el camino de nuestra vida vamos a encontrar gente herida, despojada y medio muerta, del alma y del cuerpo. La preocupación por ayudar a otros, si estamos unidos al Señor, nos sacará de nuestro camino rutinario, de todo egoísmo, y nos ensanchará el corazón guardándonos de caer en la

¹ Cfr. Lc 10, 27.

² Lev 19, 9-10.

³ Lev 19, 18.

⁴ Lc 10, 25-37.

mezquindad. Encontraremos a gentes doloridas por falta de comprensión y de cariño, o que carecen de los medios materiales más indispensables; heridas por haber sufrido humillaciones que van contra la dignidad humana; despojadas, quizá, de los derechos más elementales: situaciones de miseria que claman al cielo. El cristiano nunca puede pasar de largo, como hicieron algunos personajes de la parábola.

También encontraremos cada día a ese hombre al que han dejado *medio muerto* porque no le enseñaron las verdades más elementales de la fe, o se las han arrebatado mediante el mal ejemplo, o a través de los grandes medios modernos de comunicación al servicio del mal. No podemos olvidar en ningún momento que el bien supremo del hombre es la fe, que está por encima de todos los demás bienes materiales y humanos. “Habrá ocasiones en que, antes de predicar la fe, haya que acercarse al herido que está al borde del camino, para curar sus heridas. Cierto. Pero sin excluir nunca de nuestra preocupación de cristianos la comunicación de la fe, la educación de la misma y la propagación del sentido cristiano de la vida”⁵. Y procuraremos dar, junto a los bienes de la fe, todos los demás: los de la cultura, la educación, la formación del carácter, el sentido del trabajo, la honradez en las relaciones humanas, la moralidad en las costumbres, el anhelo de justicia social, expresiones vivas y concretas de una caridad rectamente entendida.

Un cristiano no puede desentenderse del bienestar humano y social de tanta gente necesitada, “pero no podemos dejar en un segundo plano, nunca jamás, esa otra preocupación por iluminarlas conciencias en el orden de la fe y de la vida religiosa”⁶.

– Pecados de omisión en la caridad. Jesús, objeto de nuestra caridad.

II. Y continúa la parábola: *Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote, y viéndole pasó de largo. Asimismo, un levita, pasando cerca de aquel lugar, lo vio y pasó de largo.*

El Señor nos habla aquí de *los pecados de omisión*. Los que pasaron de largo no hicieron un nuevo daño al hombre malherido y abandonado, como terminar de quitarle lo que le quedaba, insultarle, etc. Iban a lo suyo –quizá cosas importantes– y no quisieron complicaciones. Dieron más importancia a sus asuntos que al hombre necesitado. Su pecado fue ése: *pasaron de largo*. Sin embargo, aquel servicio que no prestaron habría merecido del Señor estas palabras: *una buena obra ha hecho conmigo*⁷, porque todo lo que hacemos por otros, por Dios lo hacemos. Cristo nos esperaba en esa persona necesitada. Él estaba allí. “No te digo: arréglame mi vida y sácame de la miseria, entrégame tus bienes aun cuando yo me vea pobre por tu amor. Sólo te imploro pan y vestido, y un poco de alivio para mi hambre. Estoy preso. No te ruego que me libres. Sólo quiero que, por tu propio bien, me hagas una visita. Con eso me bastará y por eso te regalaré el Cielo. Yo te libré a ti de una prisión mil veces más dura. Pero me contento con que me vengas a ver de cuando en cuando.

“Podiera, es verdad, darte tu corona sin nada de esto, pero quiero estarte agradecido y que vengas después a recibir tu premio confiadamente. Por eso, yo, que puedo alimentarme por mí mismo, prefiero dar vueltas a tu alrededor, pidiendo, y extender mi mano a tu puerta. Mi amor llegó a tanto, que quiero que tú me alimentes. Por eso prefiero, como amigo, tu mesa; de eso me glorío y te muestro ante todo el mundo como mi bienhechor”⁸.

Éste es el secreto para estar por encima de diferencias de raza, cultura o, simplemente, de edad o de carácter: comprender que Jesús es el objeto de nuestra caridad. En los demás, le vemos a

⁵ CARD. M. GONZALEZ MARTIN, *Libres en la caridad*, Balmes, Barcelona 1970, p. 58.

⁶ *Ibidem*, p. 59.

⁷ Mc 14, 6.

⁸ SAN JUAN CRISOSTOMO, *Homilía 15 sobre la Epístola a los Romanos*.

Él: “con razón puede decirse que es el propio Cristo quien en los pobres levanta su voz para despertar la caridad de sus discípulos”⁹.

– **Caridad práctica y eficaz. Lo nuestro debe pasar a segundo término ante las necesidades de los demás.**

III. Continúa el Evangelio: *Pero un samaritano que iba de camino llegó hasta él, y al verlo se movió a compasión, y acercándose vendó sus heridas echando en ellas aceite y vino, lo hizo subir sobre su propia cabalgadura, lo condujo a la posada y él mismo lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: Cuida de él, y lo que gastes de más te lo daré a mi vuelta.*

El samaritano, a pesar del gran distanciamiento que había entre judíos y samaritanos, enseguida se dio cuenta de la desgracia, y *se movió a compasión*. Hay quienes están cegados para lo que pueda resultarles enojoso, y hay quienes intuyen con prontitud una pena en el corazón del prójimo. Es necesario, en primer lugar, querer ver la desgracia ajena, no ir tan deprisa en la vida que justifiquemos con facilidad el pasar de largo ante la necesidad y el sufrimiento.

La compasión del samaritano no es puramente teórica, ineficaz. Por el contrario, pone los medios para prestar una ayuda concreta y práctica. Lo que lleva a cabo este viajero no es, quizá, un acto heroico, pero sí hace lo necesario. En primer lugar *se acercó*; es lo primero que debemos hacer ante la desgracia o la necesidad: acercarnos, no verla de lejos. Luego, el samaritano tuvo las atenciones que la situación requería: *cuidó de él*. La caridad que nos pide el Señor se demuestra en las obras. Se manifiesta llevando a cabo lo que se deba hacer en cada caso concreto.

Dios nos pone al prójimo, con sus necesidades concretas, en el camino de la vida. El amor hace lo que la hora y el momento exigen. No siempre son actos heroicos, difíciles; con frecuencia son cosas sencillas, pequeñas muchas veces, “pues esta caridad no hay que buscarla únicamente en los acontecimientos importantes, sino, ante todo, en la vida ordinaria”¹⁰: en prestar un pequeño servicio, en dar un poco de aliento a quien esa mañana hemos encontrado más desalentado, en una palabra amable en la que mostramos nuestro aprecio, en una sonrisa, en indicar con amabilidad la dirección de una calle que nos han pedido, en escuchar con interés...

Los quehaceres de este buen samaritano pasaron por unos momentos a segundo término, y sus urgencias también; empleó su tiempo, sin regateos, en auxiliar a quien lo necesitaba. Y no sólo nuestro tiempo, también nuestras aficiones personales, nuestros gustos –no digamos ya nuestros caprichos– deben ceder ante las necesidades de los demás.

Jesús concluye la lección con una palabra cordial dirigida al doctor: *Ve, le dice, y haz tú lo mismo*. Sé el prójimo inteligente, activo y compasivo con todo el que te necesita. Son palabras que nos dirige también a nosotros al acabar esta meditación, y para poder vivirlas acudimos a la Santísima Virgen: *No existe corazón más humano que el de una criatura que rebosa sentido sobrenatural. Piensa en Santa María, la llena de gracia, Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo: en su Corazón cabe la humanidad entera sin diferencias ni discriminaciones. – Cada uno es su hijo, su hija*¹¹.

⁹ CONC. VAT. II, Const. *Gaudium et spes*, 88.

¹⁰ *Ibidem*, 38.

¹¹ SAN JOSEMARÍA, *Surco*, n. 801.

Rev. D. Lluçia POU i Sabater (Vic, Barcelona, España) (www.evangelinet)

Un samaritano (...) tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas (...) y, montándole sobre su propia cabalgadura...

Hoy, nos preguntamos: «Y, ¿quién es mi prójimo?» (Lc 10,29). Cuentan de unos judíos que sentían curiosidad al ver desaparecer su rabino en la vigilia del sábado. Sospecharon que tenía un secreto, quizá con Dios, y confiaron a uno el encargo de seguirlo... Y así lo hizo, lleno de emoción, hasta una barriada miserable, donde vio al rabino cuidando y barriendo la casa de una mujer: era paralítica, y la servía y le preparaba una comida especial para la fiesta. Cuando volvió, le preguntaron al espía: «¿Dónde ha ido?; ¿al cielo, entre las nubes y las estrellas?». Y éste contestó: «¡No!, ha subido mucho más arriba».

Amar a los otros con obras es lo más alto; es donde se manifiesta el amor. ¡No pasar de largo!: «Es el propio Cristo quien alza su voz en los pobres para despertar la caridad de sus discípulos», afirma el Concilio Vaticano II en un documento.

Hacer de buen samaritano significa cambiar los planes («llegó junto a él»), dedicar tiempo («cuidó de él»)... Esto nos lleva a contemplar también la figura del posadero, como dijo Juan Pablo II: «¿Qué habría podido hacer sin él? De hecho, el posadero, permaneciendo en el anonimato, realizó la mayor parte de la tarea. Todos podemos actuar como él cumpliendo las propias tareas con espíritu de servicio. Toda ocupación ofrece la oportunidad, más o menos directa, de ayudar a quien lo necesita (...). El cumplimiento fiel de los propios deberes profesionales ya es practicar el amor por las personas y la sociedad».

Dejarlo todo para acoger a quien lo necesita (el buen samaritano) y hacer bien el trabajo por amor (el posadero), son las dos formas de amar que nos corresponden: «¿Quién (...) te parece que fue prójimo?». ‘El que practicó la misericordia con él’. Díjole Jesús: ‘Vete y haz tú lo mismo’» (Lc 10,36-37).

Acudamos a la Virgen María y Ella —que es modelo— nos ayude a descubrir las necesidades
